

Anotaciones sobre la cosmología taína y caribe insular

Sebastián Robiou Lamarche

Introducción

Entre otros temas de las culturas aborígenes antillanas, en los últimos años hemos investigado la cosmología de los taínos y caribes insulares basados en las fuentes etnohistóricas y arqueológicas.

En esta ocasión vamos a sintetizar algunos aspectos considerados en nuestra tesis de maestría, **La cosmología taína y caribe-insular: sus orígenes suramericanos y sus transformaciones antillanas** (Centro de Estudios Avanzados de P.R. y el Caribe, 1977) con el propósito de resaltar los paralelismos y diferencias entre la cosmología de la sociedad tribal caribe-insular y la cacical taína.

Cosmología taína

En general, los arqueólogos establecen que la sociedad de jefatura taína de las Antillas Ma-

yores fue el resultado del desarrollo insular de una o varias migraciones procedentes de la costa suramericana. En Puerto Rico, hacia el año 600, los ostionoides habían creado las bases socioculturales que culminarían hacia el año 1,000 en los primeros cacicazgos taínos en el sureste de La Española. Así, pues, es posible que a partir del siglo VII se comenzara a forjar una cosmología antillana tribal, proceso en el cual los mitos de origen suramericano fueron adaptados al medio ambiente insular creando lo que hemos llamado una ecomitología antillana.

El análisis estructural de la mitología taína recopilada por Fray Ramón Pané en su famosa **Relación** (c. 1498), nos ha permitido postular la existencia de una cosmología relacionada con las constelaciones de Orión, Osa Mayor, las Pléyades y el planeta Venus.

Comencemos con el caso de Orión. Según un mito taíno, en

el tiempo de los orígenes existía un Sumo Espíritu, Yaya. Éste, luego de desterrar a su hijo Yayael por cuatro meses o lunas, terminó matándolo, depositando sus restos en una calabaza que colgó del poste de la vivienda donde luego se convertirían en los peces y el mar. En un descuido del celoso Sumo Espíritu, los cuatro gemelos creadores, hijos de la Madre Tierra, rompen accidentalmente la calabaza liberando su contenido para los humanos.

Cabe señalar que este mito taíno está constituido por dos mitemas muy difundidos en Suramérica. El primero refleja un conflicto de parentesco estudiado extensamente por Lévi-Strauss. En estos mitos, un héroe sufre algún tipo de mutilación por parte de un familiar. El héroe sacrificado regularmente se convierte en Orión, constelación idealizada como un ser de una sola pierna y relacionada con los huesos, el origen de los peces y la época de sequía. El segundo mitema su-

Es
muy probable que
Anacacuya se visualizara
en la Osa Mayor, cons-
telación que antes del
amanecer, hacia marzo-abril,
parece sumergirse en el mar
-tal como lo hizo
Anacacuya...

americano tiene que ver con el llamado árbol de los alimentos, árbol que es derribado por un héroe para obtener alimentos para los humanos. En nuestro caso, el poste con la calabaza vendría a ser la versión antillana del árbol de los alimentos. Así, pues, es verosímil que Yayael, el héroe taíno sacrificado y mutilado, fuera conceptualizado en Orión.

Por otra parte, los taínos, poseedores ya de una cosmovisión insular, creían haber surgido de una cueva en La Española. Esta cueva era parte de un mundo semi-creado cuya existencia daban por un hecho. A su vez, pensaban que la isla era un organismo vivo femenino que al parecer se exteriorizaba por medio de tres cuevas. La primera, la cueva oriental Iguanaboína, asociada con la Gran Serpiente, de donde surgieron el Sol y la Luna, astros que establecieron el tiempo cíclico, el primer paso para la creación espacial del mundo. En aquella cueva veneraban dos gemelos, representantes del principio de

oposición dual solar-sequía y lunar-húmedo.

La segunda, la cueva central Cacibajagua, localizada en la montaña mágica, el "axis mundi" o eje central de la creación taína, era el símbolo del útero terrenal donde en el tiempo de los orígenes estaban confinados los seres avatares que no podían exponerse a los rayos solares, los cuales hemos considerado seres-murciélagos. De éstos, por descuido o destino, tres, en igual número de ocasiones, fueron transformados por el Sol en piedra, árbol o pájaro, posible representación de los tres reinos de la naturaleza. En una cuarta oportunidad saldrían los restantes ancestros quienes -también transformados por los rayos solares- se convertirían en los primeros taínos. La tercera cueva, la cueva Guacayarima, localizada en el extremo occidental, considerada el trasero de la isla por donde, como ser viviente, creían que expulsaba sus excrementos.

De este modo, las cuevas de Iguanaboína, Cacibajagua y Guacayarima, ubicadas en el este, centro y oeste de La Española, estarían alineadas, según la mitogeografía taína, en un eje que sería la proyección del movimiento de los astros.

Es de dicha cueva Cacibajagua, la cueva de origen, que un personaje llamado Guahayona sale a realizar su viaje de ida y vuelta en canoa a unas islas míticas.

Este viaje mítico conjuga dos vectores espaciales: el horizontal y el vertical. Ante todo, vale señalar que con su acción Guahayona se convierte en el primer nauta taíno.

El viaje horizontal de este héroe taíno está precedido por otro conflicto de parentesco: al partir se lleva consigo todas las mujeres y se deshace de su cuñado Anacacuya, lanzándolo por los pies al mar. Ahora bien, el nombre Anacacuya ha sido descifrado por José J. Arrom como "espíritu central" o "lucero del centro". Este análisis filológico nos ha permitido sugerir desde hace tiempo que, como resultado de dicha acción, Anacacuya se transformó en la Polar, estrella que es el centro fijo de la esfera celeste y que constituye, por lo tanto, una referencia obligatoria para la navegación.

La Polar, a su vez, está estrechamente vinculada con la constelación de la Osa Mayor. Es muy probable que Anacacuya se visualizara en la Osa Mayor, constelación que antes del amanecer, hacia marzo-abril, parece sumergirse en el mar -tal como lo hizo Anacacuya- y cuya salida matutina en agosto-septiembre señala para la latitud de las Antillas la mayor temporada de huracanes.

Por su parte, el viaje vertical de Guahayona ocurre cuando, luego de dejar las mujeres en la isla de Matinín y proseguir hasta Guanín, sufre en esta isla una enfermedad. Allí, en un lugar apartado, se sobrepone y adquiere un nuevo nombre: Albeborael Guahayona. Estos hechos parecen responder a la muerte y al renacimiento simbólico que ocurre en

todo proceso iniciático, tal como ocurre en el chamanismo. De ser así, nuestro protagonista sería el primer chamán taíno, el primer behíque. Al ascender verticalmente a los planos superiores, obtiene de Guabonito -que viene a ser la representación del espíritu gufa femenino del chamán- las piedras semipreciosas y el guanín, la codiciada aleación de oro y cobre de origen suramericano asociada a lo solar y que era usada por los principales de la sociedad taína. Es decir, Guahayona adquiere con estas joyas mágicas los poderes secretos de la naturaleza antes de regresar a su isla de origen.

Entre otras razones, por trasladarse del oeste al este y viceversa, por estar relacionado con lo solar y por la interpretación de su nombre ("El que resplandece por sí mismo"), hemos postulado que muy probablemente Guahayona estaría identificado con Venus vespertino (oeste) y Alborael Guahayona con Venus matutino (este), astro que sólo es visible en la dirección de la puesta o la salida del Sol.

Mientras duró la mítica travesía de este héroe cultural taíno -quizás los cuatro meses que desaparece la Osa Mayor matutina bajo el mar- los niños, que se habían quedado sin sus madres, comenzaron entonces a llorar de hambre. Según nos narra el mito taíno, de tanto llorar se fueron transformando lentamente en una especie de ranas. Este importante pasaje responde a un difundido mito suramericano donde un grupo de niños hambrientos-llorones se convierten en las Plé-

yades, conjunto de estrellas que señalaban en gran parte de Suramérica el inicio del año y la temporada de lluvias.

En el mito taíno ocurre una analogía: las ranas antillanas equivalen a las Pléyades suramericanas. A pesar de esta sustitución mítica, en ambos casos persiste el mismo centro estructural: el agua de lluvia o agua celeste. Es factible, por lo tanto, que las Pléyades, probablemente representadas por la figura de la rana, tuvieran para el taíno una estrecha relación con la temporada de las lluvias y la agricultura.

Hay que subrayar que en toda la mitología taína resalta la importancia simbólica del número cuatro, número sagrado en la cosmovisión americana que parece representar la "dualidad duplicada". Cuatro meses duró el destierro de Yayael antes de ser sacrificado por su padre, cuatro eran los gemelos creadores, en cuatro etapas parece que el Sol culminó la creación, quizás cuatro meses duró el viaje del héroe nauta y cuatro fueron las mujeres talladas por el pájaro carpintero para que los hombres taínos volvieran a tener compañeras.

Pero dejemos a un lado el aspecto mítico y veamos ahora lo que nos dice la evidencia arqueológica sobre la cosmología taína.

Creemos que el estudio arqueoastronómico de los "bateyes" o plazas ceremoniales taínas puede contribuir a comprender los conocimientos astronómicos que tendría esta cultura centroantillana, los cuales, lamentablemente, no fueron documentados por los

cronistas españoles. En nuestro caso, el análisis de la gran plaza elíptica de Chacuey, en Dajabón, República Dominicana, nos ha permitido sugerir desde 1980 que esta construcción -quizás al igual que otras en Puerto Rico- pudo haber sido un lugar de observaciones astronómicas donde se efectuaban importantes rituales cosmogónicos.

Según hemos demostrado, el movimiento aparente de la salida del Sol en el horizonte y la ascensión de varias constelaciones están señalados en el contorno oriental de dicha plaza. Basados en los planos elaborados en 1955 por Emile de Boyrie Moya, pionero de la moderna arqueología dominicana, y en nuestra investigación in situ, podemos exponer las siguientes alineaciones astronómicas encontradas en la plaza de Chacuey:

a. El eje de los portales de la plaza tiene un azimuto astronómico de 115 grados; es decir, está alineado hacia el solsticio de invierno (21 de diciembre) y hacia la salida heliacal de Escorpión en diciembre, constelación que quizás idealizaba la Gran Serpiente Iguanaboína.

b. El primer tramo de las calzadas que bajan al río se orienta hacia el este, hacia los equinoccios (21 marzo; 21 septiembre), dirección hacia la cual también asciende sobre el horizonte la constelación de Orión, posible representación del héroe mítico Yayael.

c. Desde el portal occidental, el montículo de grandes piedras localizado en la zona

nordeste de la plaza enmarca tres importantes salidas astronómicas;

1 .La salida del Sol en el solsticio de verano (21 de junio), con azimuto de 65 grados.

2. La salida heliacal de las Pléyades (5 de junio), con azimuto de 67 grados.

3 .La salida del Sol en los días de su paso por el cenit (19 de mayo, 25 de julio), con azimuto de 69 grados.

Por todo ello, sostenemos que esta gran plaza taína, de unos 35,700 metros cuadrados, pudo haber sido un observatorio megalítico donde el movimiento aparente del Sol se correlacionaba con varias constelaciones míticas.

Ahora bien, la localización de esta plaza elipsoidal tiene una estrecha relación con el Cerro Chacuey y con el río del mismo nombre, donde se encuentra un importante grupo de petroglifos. Por lo tanto, la plaza sería un lugar de connotación sagrada tal vez utilizado para armonizar rituales relacionados con la montaña de orígenes y con las aguas primordiales que producen la fertilidad a través del ciclo agrícola. La astronomía vendría, pues, a integrar los conceptos espacio-tiempo sagrado. De allí que las observaciones efectuadas en la plaza de Chacuey serían la base de un posible calendario agrícola-ceremonial taíno.

En este sentido, el hecho de que en Chacuey la salida de las Pléyades y la del Sol en el solsticio de verano prácticamente coinciden en el espacio y en el tiempo, nos ha permitido pensar que el inicio del año y la temporada de llu-

vias, señalado por aquellas estrellas en Suramérica, había comenzado a ser sustituido entre los taínos por el solsticio de verano. Y que asimismo la salida de la constelación de Escorpión, vinculada al inicio de la temporada de sequía, equivaldría a los días del solsticio de invierno.

De igual modo, creemos haber encontrado la decisiva razón por la cual el eje de los portales de Chacuey está orientado hacia el solsticio de invierno. Si esta salida solsticial presagiaba la llegada de la temporada de sequía (que en las Antillas tiene lugar de enero a marzo), resulta que era en esos meses de sequía cuando se sembraban los esquejes de yuca, según consigna el padre Las Casas. En otras palabras, la salida del Sol en el solsticio de invierno muy probablemente señalaba para el taíno el inicio de la preparación del terreno y la siembra de la yuca, es decir, el inicio del ciclo agrícola.

En Chacuey, en síntesis, cuando el Sol ocupa la porción norte de la plaza tienen lugar los meses de mayor precipitación pluvial, mientras cuando está en la porción sur son los meses de menos lluvias o de sequía.

Las orientaciones solares que ocurren en Chacuey, junto al uso por los caciques, de cemés, nombres y joyas de connotación solar, según refieren los cronistas, nos ha permitido postular que los taínos poseían un incipiente culto solar propiciado por la también incipiente clase dirigente. Este culto solar caciquil estaría proyectado en un calendario basado en las principales posiciones del Sol,

el cual comenzaría a sustituir el antiguo calendario lunar-estelar de origen tribal.

Cosmovisión caribe-insular

Según las fuentes etnohistóricas, tal parece que la cultura de los caribes insulares fue consecuencia del sincretismo que ocurrió en las Antillas Menores entre grupos de caribes continentales de reciente arribo y mujeres arahuacas que tomaron para sí. En pocas generaciones los conquistadores fueron lingüísticamente conquistados, pues los estudios demuestran que el lenguaje de los caribes insulares era fundamentalmente arahuaco; asimismo, al confeccionar las mujeres la cerámica, no parece que existió una alfarería caribe como tal. Por ello, Marcio Veloz Maggiolo ha escrito que, de no ser por los cronistas, arqueológicamente no supiéramos de la existencia de los caribes insulares.

Esta peculiar situación acaecida en el oriente antillano tiene especial relevancia para nuestro estudio. Ante todo, los documentos de los cronistas franceses demuestran que la sociedad caribe-insular estaba a un nivel tribal, sin un poder centralizado ni un desarrollo artístico-ceremonial, contrario a los cacicazgos taínos.

Por otro lado, no hay dudas de que la mitología caribe-insular responde en gran medida a la mitología caribe continental. Sin embargo, es de esperar que, debido al proceso ocurrido, la cosmovisión caribe-insular tuviera

influencias de las mujeres arahuacas de las islas. Es por ello que de las ocho constelaciones que refiere brevemente el padre Raymond Breton en su **Dictionaire Caraïbe-Francais**, publicado en 1665, el cronista nos ofrece los nombres utilizados tanto por las mujeres arahuacas como por los hombres caribes. Es factible, por lo tanto, que debido al elemento femenino común, algunas de las constelaciones de los caribes insulares fueran conceptualizadas de manera similar entre los taínos.

Las creencias caribe-insulares conocidas contienen tres versiones de su origen mítico, todas de claro origen caribe continental. En una, los ancestros surgen del ombligo e incisión en una pierna de un ser original bajado del cielo; en otra, el primer caribe es hijo de las relaciones incestuosas de una joven con Luna, el astro caribe más honrado; otra versión, que recuerda un mito caribe continental sobre su origen de la boa acuática, menciona que una joven poseída por un ser humano serpiente procrea un hijo serpiente con cabeza humana transformado luego en una constelación.

De este último mito es que quizás surge la leyenda, prevaliente hasta mediados de siglo en la Dominica, de que en esta isla existía una cueva donde habitaba Oloubera, la Gran Serpiente, entidad venerada y de la cual creían haber obtenido el antídoto contra las flechas venenosas y un talismán contra Maboya, el espíritu que causaba los eclipses.

Nuestra investigación en los escritos de los cronistas france-

ses así como en los estudios etnológicos efectuados este siglo entre los descendientes de los caribes insulares por Douglas Taylor, nos han permitido establecer los nombres e identificación de 14 constelaciones, de las cuales se conocen varios mitos de orígenes que no pretendemos aquí detallar.

Una característica de la astronomía del oriente antillano (que no sabemos si existió entre los taínos), es que las constelaciones estaban formadas tanto por estrellas como por las manchas claras y oscuras de la Vía Láctea; a estas últimas las hemos llamado "constelaciones negativas". Uno y otro tipo de constelación poseía múltiples valencias: estaban asociadas simultáneamente a un sistema de parentesco mítico, a un código alimenticio, a un ciclo estacional o a una actividad social.

De las principales constelaciones caribe insulares establecidas, mencionemos sus principales características: Chiric, las Pléyades, señalaban con su salida a principios de junio el inicio de año, identificadas con un personaje mítico y asociadas a la temporada de lluvia y a la abundancia del cangrejo terrestre; Cataluyuman, la tortuga celeste, formada por nuestra constelación de Auriga, cuya salida a partir de junio coincidía con el inicio del desove de las tortugas marinas, cuyo rastro dejado en la arena se visualizaba

como parte de la Vía Láctea; Ebétiouman, idealizado en Orión, el héroe novio de Mubéyuman (nuestra estrella Aldebarán), quien perdió una pierna cortada por su celosa suegra Bíhi, representada por la brillante Sirio o Malirouébana, que a su vez, era presagio de los vientos huracanados.

Lukúni-yábura, la canoa de la garza celeste, se visualizaba en la Osa Mayor, constelación que quizás también entre los taínos anunciaba con su salida sobre el mar en agosto-septiembre la época de los huracanes; Acáyouman, el caimán celeste, representaba al padre del linaje caribe-insular, configurado en la Vía Láctea de septiembre-octubre, parece que señalaba el inicio de las expediciones guerreras; Bakamo, la Gran Serpiente celeste formada por Escorpión sobre la Vía Láctea, Sagitario y Ca-

Lukúni-yábura, la canoa de la garza celeste, se visualizaba en la Osa Mayor, constelación que quizás también entre los taínos anunciaba con su salida sobre el mar en agosto-septiembre la época de los huracanes...

Así, pues, la perspectiva solar caciquil parece añadir a la categoría del tiempo una categoría del espacio más desarrollada y sofisticada, logrando una integración conceptual de ambos principios.

pricornio, vinculada con el principio de la temporada de sequía en enero; Coulumon, la gran langosta de río formada por la Hendidura de la Vía Láctea; Achinnao, el pez celeste, parte de nuestra constelación Águila, representaba al peje puerco; Boucan, la barbacoa celeste, proyectada en el Cuadrado de Pegaso, cuya ascensión en marzo muy probablemente señalaba la época de efectuar el ritual antropofágico de los caribes-insulares.

Además de estas vinculaciones entre las constelaciones míticas, los ciclos estacionales y las actividades sociales, existe evidencia etnohistórica que demuestra que para los caribes insulares la Luna era el astro principal, sirviendo de base para establecer un año de 12 lunaciones. Este año lunar equivale a unos 348 días, por lo cual no coincidiría con el año estelar de las Pléyades de 365 días. Por consiguiente, la salida de estas estrellas no correspondería siempre con la misma fase lunar.

Esta incongruencia entre el ciclo lunar y el estelar quizás era subsanado por los caribes insulares, como en otras tribus suramericanas, con la existencia de un "tiempo flotante" de ajuste. Para los caribes insulares la obser-

vación del movimiento de la Luna y las estrellas constituía el calendario que regulaba su vida social. A nuestro juicio, este desajuste lunar-estelar fue superado por los cacicazgos taínos al crear un calendario solar-estelar.

Conclusiones

Tal parece que los cacicazgos taínos lograran proyectar en el espacio, en el cielo solar sobre el horizonte, una conceptualización que los caribes insulares tribales continuaron visualizando en el movimiento estelar, es decir, en el tiempo.

De ser así, el proceso que parece haber ocurrido en las Antillas es que en los cacicazgos taínos el calendario lunar-estelar de origen tribal comenzó a ser sustituido por un calendario solar-estelar más preciso. La Luna, sin perder su relación con la agricultura y con la medición de períodos de tiempo, comenzaría a ser desplazada por el Sol de su antiguo sitio como principal astro tribal. De hecho, el proceso de predominio de lo solar, que parece iniciarse a nivel de jefatura con la centralización de la autoridad en la

figura del cacique, lograría en el continente su máxima expresión en las sociedades a nivel de estado, tal como es el caso de los aztecas e incas.

Así, pues, la perspectiva solar caciquil parece añadir a la categoría del tiempo una categoría del espacio más desarrollada y sofisticada, logrando una integración conceptual de ambos principios. Ahora los conocimientos adquiridos permiten que las principales estrellas comiencen a observarse en su dimensión espacial, proyectando su posición en el espacio, es decir, en las construcciones megalíticas, correlacionándolas, a la vez, con las principales posiciones del ciclo solar en el horizonte.

En fin, podemos concluir que las semejanzas y las diferencias establecidas por los historiadores y arqueólogos entre la sociedad tribal caribe-insular y la sociedad de jefatura taína también se encuentran en su cosmología.

* El autor es ingeniero civil. Posee una maestría del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Ha publicado *Encuentro con la mitología taína* (1972) y varias monografías sobre la navegación y la cosmología caribe-taína.